

La Revista Blanca

SOCIOLOGIA, CIENCIA Y ARTE

Año VI—Núm. 113

Administración: Cristóbal Bordú, 1, Madrid

1.º Marzo 1903

EL LIBRO DE LA VIDA

Las páginas de la existencia están en blanco y en ellas podemos escribir chicos y grandes; unos, para decir lo que hemos sido, otros, para exponer lo que queremos. Hijos y padres, más los padres que los hijos, deben tener mucho cuidado al poner el lápiz en las páginas de la vida, porque de cómo nos llevemos en la niñez y de cómo tratemos a los niños, depende el porvenir de los hombres. Regularmente, todos creemos haber sido mejores hijos que nuestros hijos, sin comprender que nuestros padres, al juzgar a los suyos, decían lo que, al juzgar a nuestros hijos, decimos nosotros ahora. Este rigor de juicio depende de lo que cada uno cree ser, de lo que hemos de ser por necesidad social y de lo que quisiéramos que fueran nuestros descendientes.

Como aprender a contar es más útil, para la vida presente, que aprender a jugar, menospreciamos al rapaz que pasa el día cantando, jugando ó bailando sin acordarse de los libros, y tenemos en mucho al niño juicioso que no piensa más que en la lección.

¡Cuán grande es el error de los padres en este punto!

Laboremos para la sociedad futura y atengamos lo menos posible las exigencias de la presente, que obliga al pobre a que mande sus hijos a la escuela ó al taller, dos focos

de epidemias tal como funcionan hoy una y otro, y hagamos verdadera pedagogía revolucionaria, porque trabajaremos para la salud física de los hombres, sin la cual no es posible que haya salud intelectual ni moral.

Que todas las lecturas, escrituras y lecciones que se reciben en un local cerrado y anti-higiénico, hace más a favor del bien y del saber de los niños, una carrera por el campo. Sin

embargo, es tan grande la preocupación de los padres en este punto, que prefieren que sus hijos estén todo el día encerrados en la escuela y que sepan sumar á fin de mes, á que se curen de la escrófula y de la anemia, que regularmente padecen todos los hijos de padres pobres, con baños de sol, de aire, sudor; corriendo y saltando por llanos y mon-



Los hijos de Francisco Núñez y María Losada, de Valencia.

tes; porque no saben que ese sol, ese aire y ese sudor es más eficaz al progreso y al saber de los individuos, que muchas lecciones de urbanidad y de ciencia que el niño no entiende.

Nada hay que despeje tanto la inteligencia y que la prepare mejor para la asimilación y la creación científica y artística, que la labor del oxígeno en la purificación de la sangre.

El hombre sano se para frente a una montaña y habla con ella en su fauna, en su flora, en su topografía y en la belleza de lo infinito, y aunque nada sepa de ciencias, notará en su ser la inspiración y la grandiosidad de la vida traducida en amor.

La salud es la primera materia de todo lo noble y grande en saber y en bondad; y el maestro que procure antes educar que instruir, antes curar que enseñar, aun arrojando la crítica de los padres ignorantes, hará obra bienhechora y humana.

Cuando la instrucción no sea, como ahora, cálculo y un medio para poder reventar mejor al prójimo; cuando los hombres no tengan necesidad de amaestrarse intelectualmente para repeler las embestidas de sus semejantes y poder sentar plaza, cuanto antes, en el ejército que lucha desesperadamente por la vida, los niños jugarán hasta que se harten de jugar, sanos y llenos de vigor y vida; y cuando, grandes ya casi, ó sin casi, noten en su inteligencia el afán de saber, aprenderán más en un año que ahora en diez.

Dirjáanse, pues, nuestros pasos a esa sociedad y a la educación que ella establece; y ya que no podemos actualmente practicarla por una exigencia de las necesidades sociales, procuren padres y maestros ajustarse lo más posible a este procedimiento educativo.

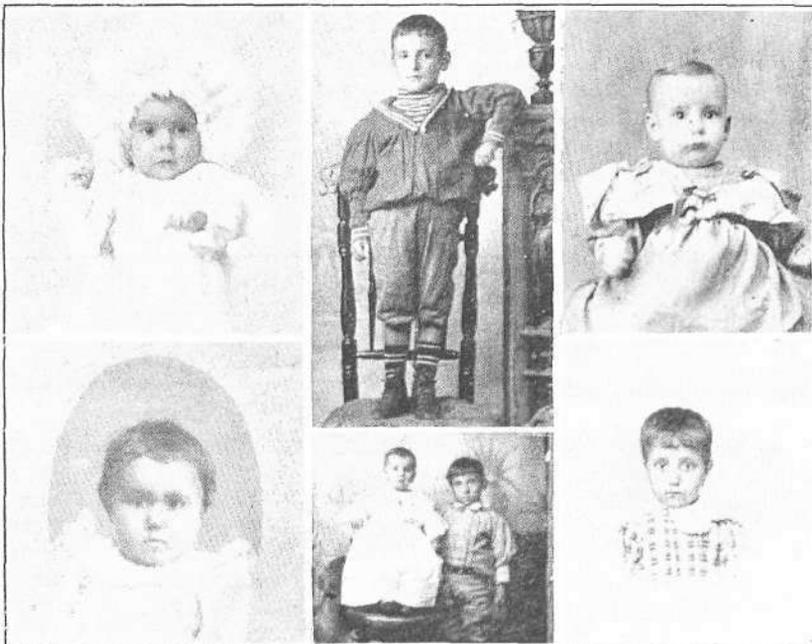
Si tal cosa se hiciera, llenaríamos el libro de la niñez con un eterno y bello sobresaliente, y el de los hombres con una satisfacción placentera e infinita.

SOLEDAD GUSTAVO

Amor Alepuz Zañón, hija de Manuel y Amparo, de Buñol.

Adolfo, hijo de Esteban Tusende, de Bilbao.

A. Martínez Pereda, hijo de M. Martínez, de Guanabacoa (Cuba).



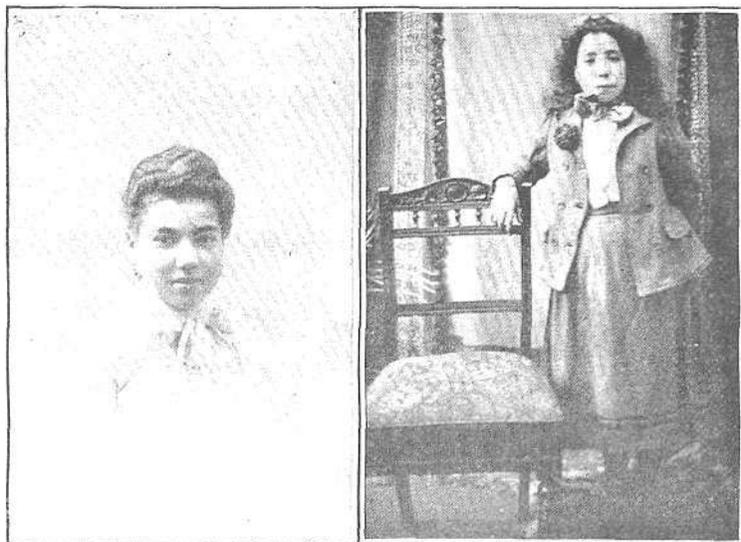
El hijo de un compañero de Aznalcollar.

Maria y Venancio, hijos de Felipe Villaverde y Felipa Garcia, de Madrid.

Segunda Hernández, hija de Rafaela y Venancio, de Iteja.



Los niños que concurren al colegio laico de Algectras.



Manuela y Nieves, hijas de Francisco Puente y Vicenta González, de Dowlais (Inglaterra).

CANTO AL REPOSO

Duerme, niño, duerme
y en calma reposa,
que en tu faz hermosa
brille el sonreír.

Sueña con caricias,
sueña con amores,
luz y resplandores
ve siempre lucir.

Inocente y cándido,
goza de la vida

cual flor escondida
en bello rosal.

Tu aroma purísimo,
al evaporarse,
venga á incorporarse
al sér maternal.

.....

Contemplo gozosa
el más puro sueño,

y ante él yo me empeno
en plácido amor.

Entona el espíritu
canción silenciosa,
del alma silenciosa,
sencilla pasión
que engendra en nosotros
doctrinas humanas,
y de ideas sanas
nutre la razón.

MARIA LOSADA



Arturo y Palmita, hijos
de Arturo Alares, de Bilbao.

Libertaria del Progreso,
hija de Amalia Mar-
tínez y Serafín Gon-
zález, de la Habana.

Anarreta y Libertario, hijos de
Isabel Delgado y S. Planas,
de Estepona.

LOS NIÑOS MALDITOS

En el lugar la llamaban *La Mala*. Hija de una familia regularmente acomodada, á los diecisiete años se enamoró de un obrero campesino acusado por los lugareños de sustentar ideas heréticas. Al conocer tales amores los padres de Clavellina la amenazaron primero con desheredarla y después con encerrarla en un convento si no olvidaba á aquel perdido y judío *Pedrin*, que no valía lo que una gota de agua, y que, á pesar de su poco valer, había trastornado los sesos de joven tan linda, rica y hacendosa como Clavellina.



A la amenaza de quedarse sin herencia, contestó la joven que no la importaba la pobreza con tal de compartirla con el hombre á quien quería. En cuanto al peligro de ser encerrada en un convento, la puso más en cuidado, pues no ignoraba que sus padres tenían gran influencia entre la gente de iglesia, y sólo por oponerse á su casamiento con el hereje *Pedrin*, eran capaces de coaligarse familia, beatas y sotanas.

Un día, al regresar del huerto, se encontró en el camino con la sobrina del cura, que la dijo con mal disimulado deseo de atormentarla:

—Ya debes estar preparada, Clavellina.

—¿Para qué?—preguntó la joven entre sorprendida y curiosa.

—Para entrar de novicia en las Adoratrices—replicó con malicia la sobrina del cura.

—Nada me han dicho mis padres.

Como llovía sobre mojado, Clavellina se despidió lo mejor que pudo de aquella habladora, alargó el paso, y lo primero que hizo al llegar al pueblo fué irse á casa de *Pedrin*, donde esperaba encontrar á su novio, porque los propietarios, avisados por el padre de Clavellina, no querían darle trabajo, para ver si por medio del hambre lograban

echarlo del lugar. Sin embargo, *Pedrin* no estaba en casa; muy de mañana había salido con la escopeta y no había vuelto.

—Como no quieren darle trabajo—dijo llorando la madre de *Pedrin* á Clavellina,— y como es muy buen cazador, intentará ganarse la vida cazando.

Las dos mujeres se miraron un momento; de pronto Clavellina dijo:

—¿Quiere usted una hija, abuelita?

—Si ha de ser como tú, ¿quién no la desea?

—Pues escóndame usted, y desde hoy no me separaré de su lado.

Traspassó el umbral Clavellina, y aquella noche la madre de *Pedrin* y *Pedrin* cenaron de lo que Clavellina les preparó.

A los tres días, los vecinos del pueblo descubrieron que la hija de D. Tomás, á la que tanto habían buscado por barrancos y hondonadas, era la nuera de la vieja Colasa. Los padres de Clavellina la dieron por muerta después de un cónclave habido con los curas de las aldeas vecinas, y los lugareños la llamaron desde entonces *Mala hija*.

Odiados por el vecindario, *Pedrin*, Clavellina y la vieja Colasa se trasladaron á una choza que había cerca del pueblo, y allí vivieron con el producto de la caza que *Pedrin* iba á vender á la villa.

Pasaron seis años. *Pedrin* y Clavellina tuvieron dos hijitos más hermosos que el sol. Al uno le pusieron por nombre Alhelí y á la otra Violeta. Mientras los niños no salieron de la choza, crecieron contentos y felices, jugando con el perro y con el gato.

Un día los dos pequeños adelantáronse hasta el camino al punto que lo cruzaba una vieja beata, por nombre Gertrudis. Miró la vieja con ira á los chiquitines, los llamó herejes é hijos de malos padres, y desapareció rápidamente, persignándose.

Por la noche, Alhelí, que ya contaba ocho años, explicó el caso á su padre; Clavellina lloró mucho; *Pedrin* apretó el puño con rabia; la abuela acostó á sus nietecitos y los besó en la frente; Alhelí y Violeta soñaron toda la noche con la taimada Gertrudis.

Desde entonces, casi todos los días los chiquillos del pueblo, al salir del colegio por la tarde, se colocaban frente á la puerta de la choza gritando hasta desgañitarse: «Niños malditos..., niños malditos..., moros..., judíos..., protestantes..., niños malditos!»

Algunas veces, al regresar *Pedrin* del monte, encontraba su choza rodeada de chiquillos que la apedreaban. A punto estuvo en una ocasión de castigar por su manó tanta maldad é ignorancia; pero *Clavellina*, temiéndolo, saltó á recibirle y le decía:

—Mejor será que hables con el cura y maestro á la vez. Le cuentas lo que pasa, y él, que por su ministerio debe predicar el amor al prójimo, no desoirá tus quejas.

Así lo hizo al fin *Pedrin*. Al verlo subir la escalera de la casa parroquial, *Mosén Patricio* exclamó:

—Gracias á Dios que entra *Pedrin* en esta



santa casa. ¿Te casarás y bautizas á tus hijos, verdad?

—Señor *Patricio*, mi visita tiene otro objeto—repuso *Pedrin*.

—¡Otro objeto!—replicó el cura sorprendido.

—Sí, señor; vengo á suplicarle que encargue á los niños que no maltraten á mis hijos ni apedreen mi casa.

—¿Y te casarás con *Clavellina*? ¿Y bautizarás á esos mocosos que no sé ni quiero saber cómo se llaman?

—Casado estoy, Sr. *Patricio*, y mis niños tienen por nombre *Alhelí*, *Violeta* y el último *Amor*.

—Pues en este caso no nos entenderemos, y los hijos de mis católicos feligreses harán bien en perseguir y molestar á tu familia y á ti mismo.

—¡No hablaría en tales términos *Jesucristo*!

—Contra los herejes así habla la Iglesia católica, que en estos momentos represento.

Y no hubo manera de convencer al cura de que lo que aconsejaba á los niños era contrario á lo que podía haber dicho un Dios de amor y de bondad.

Pedrin volvió á su casa de mal humor y en ella lloró de coraje;

tó con ternura por el motivo de su pena; *Alhelí* y *Violeta* saltaron sobre las rodillas de su padre y le llenaron de besos las mejillas; la abuela, meciendo la cuna, murmuraba una vieja canción.

El odio que los lugareños sentían por aquella familia de herejes iba en aumento. *Alhelí* y *Violeta*, no sin gran peligro, dejaban la choza para ir al pueblo.

Con los niños crecieron las necesidades en casa de *Clavellina*. Fue menester pensar en qué podrían ganar algo *Alhelí* y *Violeta*. *Pedrin* y *Clavellina* pensaron que podrían recoger leña del bosque y estiércol de los campos.

Al conocer la determinación de sus padres, *Alhelí* y *Violeta* se alegraron de poder ayudarles, y á las pocas semanas andaban cuesta arriba llevando cada uno una espuerta en la mano.

Al primer día llenaron ambas espuestas de excremento caballar; al segundo no llenaron más que una; pero *Alhelí* se internó en el bosque y cargó con un haz de leña. Cargados *Alhelí* y *Violeta*, la una con la leña y el otro con la espuerta, bajaban la cuesta cierto día, cuando se hallaron de manos á boca con tres rapazuelos que llevaban un nido de gorriónes dentro de la gorra del más crecido. *Violeta* al verlos se asustó; *Alhelí* adelantóse para resguardarla con su cuerpo.

—¡Hola!—dijo el de los gorriónes con ceño amenazador;—los moros por aquí.

—No nos hagáis daño—exclamó *Violeta* asustada;—nosotros nada os decimos.

El mayor de los rapaces dejó la gorra en el suelo y cogió piedras del camino; sus dos compañeros le imitaron.



Alhelí, comprendiendo el peligro que corría su hermanita, sacó fuerzas de su ingenio

—Papá está en el bosque con la escopeta; si nos hacéis daño, le llamaremos y ya veréis lo que os ocurre.

Los rapazuuelos abrieron paso ante las razones de Alhelí, mas no bien éste y Violeta habían dado unos cuantos, cuando empezaron á tirarles piedras. Con los movimientos que hacían los rapaces para coger y tirar piedras, se espantaron los gorriones, que saltaron á tierra y echaron á correr.

Al verlos saltar sus pequeños verdugos dejaron de apedrear á Alhelí y á Violeta para perseguir á los pajarillos que se les escapaban, y aquéllos pudieron ponerse á salvo de niños tan mal educados por el fanatismo y la ignorancia.

Alhelí y Violeta anduvieron buen trecho jadeantes; sintiéronse cansados y se sentaron á la orilla de un arroyuelo de agua fresca y cristalina. Violeta bebió de ella; después dijo:

—¿Te has cansado, Alhelí?

—No; y tú, te has asustado?

—Sí, mucho, hermanito; ¡son tan malos! ¿Por qué nos llaman moros?

—No sé; se lo preguntaremos á papá.

Violeta bajóse la media y se palpó la pierna con la mano.

—¿Te ha dado alguna piedra?—le preguntó Alhelí.

—Creo que sí; me duele la pierna.

—Vamos á casa; mamá te pondrá un ungüento de los que tiene la abuela.

Violeta probó á andar y dijo:

—No puedo, Alhelí.

—Mira, esconderemos la espuerta y el haz y te llevaré á cuestras,—repuso su hermanito; —mañana vendremos á recogerlo.

Y esto diciendo, Alhelí escondió en un matorral la leña y el estiércol. Se dispuso después á cargar con Violeta, mas cuando lo hacía, del otro lado del barranco salieron loríquicos de niños, y una gran humareda se elevaba hasta perderse de vista. Alhelí dejó sentada á Violeta y se fué á ver qué era aquello. Como tardara en volver, Violeta tuvo miedo y gritó: ¡Alhelí, Alhelí! Alhelí no respondía. Violeta rompió á llorar. Los loríquicos del otro lado del barranco, persistían. Guiada por ellos y por el humo, Violeta intentó ir en busca de Alhelí. Andando á gatas unas veces, agarrada otras á los matorrales, logró, no sin mojarle los pies, pasar el arroyo. Ya á la orilla opuesta, llegar donde estaba Alhelí, fué cosa de poco esfuerzo.

El humo salía de una choza de carboneros, y dentro, envuelto en él y en el fuego, se hallaba su hermanito intentando arrastrar un objeto que no se distinguía.

Violeta gritó:

—¡Alhelí, Alhelí!

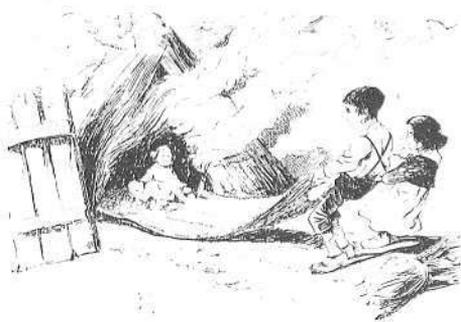
—Entra, ayúdame; no temas,—repuso Alhelí.

—¿Qué pasa?

—Unos niñitos que se quemán tendidos en una estera, y no puedo con ella.

Violeta no quiso saber más; cerró los ojos para que no le escocieran con el humo, y penetró á tientas en la choza. Alhelí, para guiarla, la llamaba con su vocécita de ángel. La mano de Alhelí y la de Violeta se juntaron, y Alhelí acompañó la de su hermanita hasta topar con la estera, que cogió Violeta.

—Tira fuerte y para atrás—dijo Alhelí.



Y tirando los dos, lograron sacar de la choza, presa de las llamas, á dos niños de uno y tres años de edad, hijos de una familia de carboneros que cortaban un bosque cercano.

Cuando los pequenitos se hallaron fuera de peligro, Alhelí y Violeta empezaron á discutir qué harían con ellos. Violeta se los quería llevar. Alhelí se oponía diciendo que no podía cargar más que con Violeta, y que á duras penas llegaría. Violeta á eso repuso:

—La pierna ya no me duele; tú llevarás al mayor y yo cargaré con el más pequeño.

En esto estaban Violeta y Alhelí, cuando llegaron los carboneros atraídos por el humo de la choza. No es para contada la alegría que sintieron al ver á sus hijos fuera del peligro en que los creían metidos. Preguntaron á Alhelí y á Violeta cómo se llamaban y dónde vivían, y como era tan tarde, quisieron acompañarlos á su casa en pago del acto heroico que habían realizado, salvando á sus hijos de una muerte segura.

Violeta volvió á pasar el barranco en brazos de un robusto y joven labrador y carbonero que acariciaba sus rizos con mano callosa y fornida. Alhelí saltó el agua por sus propios pies, contentó de haber realizado obra tan buena.

Marcharon guiando los niños á los hombres. A la vista del lugar, Alhelí se paró en seco y dijo:

—Me parece que se quemara nuestra choza.

—¿Qué estás diciendo, niño?— repuso un carbonero entrado en años que los acompañaba.

Alheli echó a correr sin contestar. Los carboneros hicieron lo mismo llevando a Violeta en brazos.

Cuando llegaron a casa de Clavellina, encontraron a los padres de Alheli y Violeta ocupados en apagar la choza que los niños del pueblo habían incendiado mientras Al-



heli y Violeta salvaban la vida a los hijos de los carboneros.

Así obran los niños malditos por el fanatismo católico, y así son de malos los que están educados en el odio al hereje.

De pequeños no debéis, pues, odiar a nadie, hijos míos, sean cuales fueren las ideas de la gente, y cuando seáis grandes, profesad las doctrinas que más amor contengan, mas llenen vuestra alma y más felicidad proporcionen a vuestros semejantes.

FEDERICO URALES

Mercedes, Marina, Roberto y Antonio, nietos de Auselmo Lorenzo, de Barcelona.

Alvaro, hijo de Dolores Alberich y Jaime Salvat, de Reus.

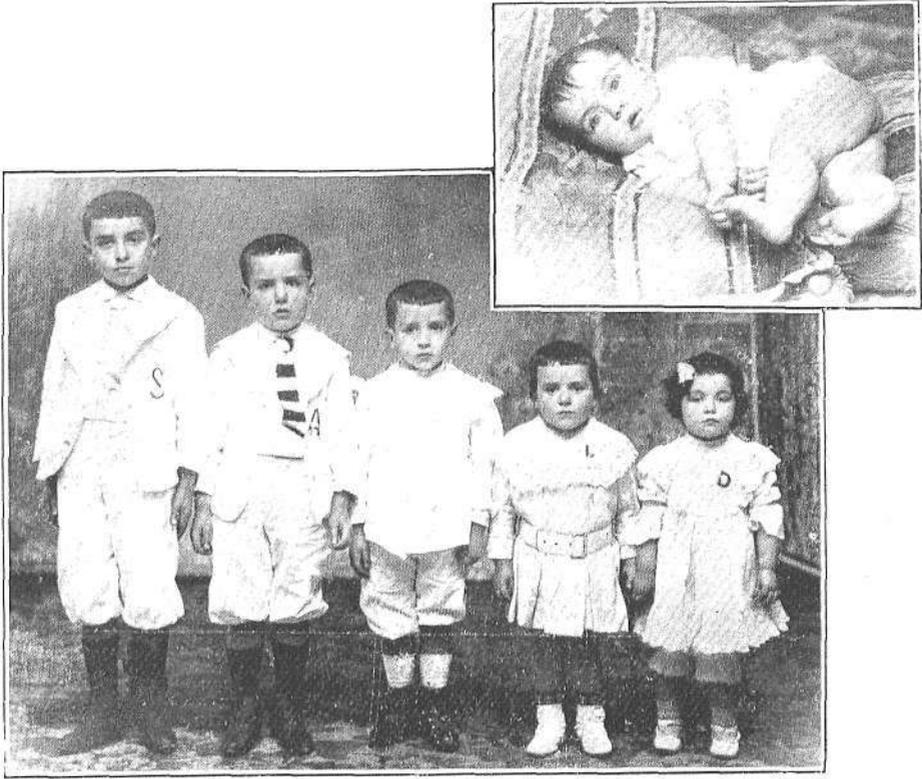
Los hijos de Inés y Horacio Cabuto, de Gibraltar.



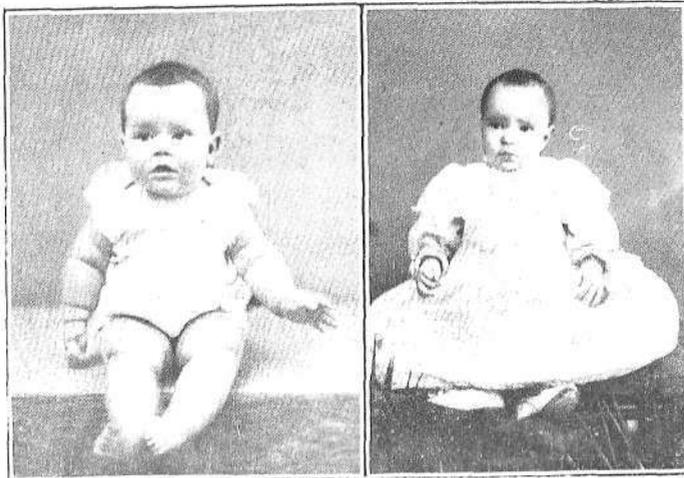
Ramón A. Montalvo, nieto de A. Montalvo López, de Cienfuegos (Cuba).

Armonía y Felicidad Humana, hijas de José Sanjurjo y Juana Gómez.

Strlo, hijo de Antonio Rosado y Ramona Fernández, de Madrid.



Los hijos de Emilio Carral, de Santander.



Teresa y Rosa, hijas de Juan Rovira y Teresa Froixas,
de Capellades.



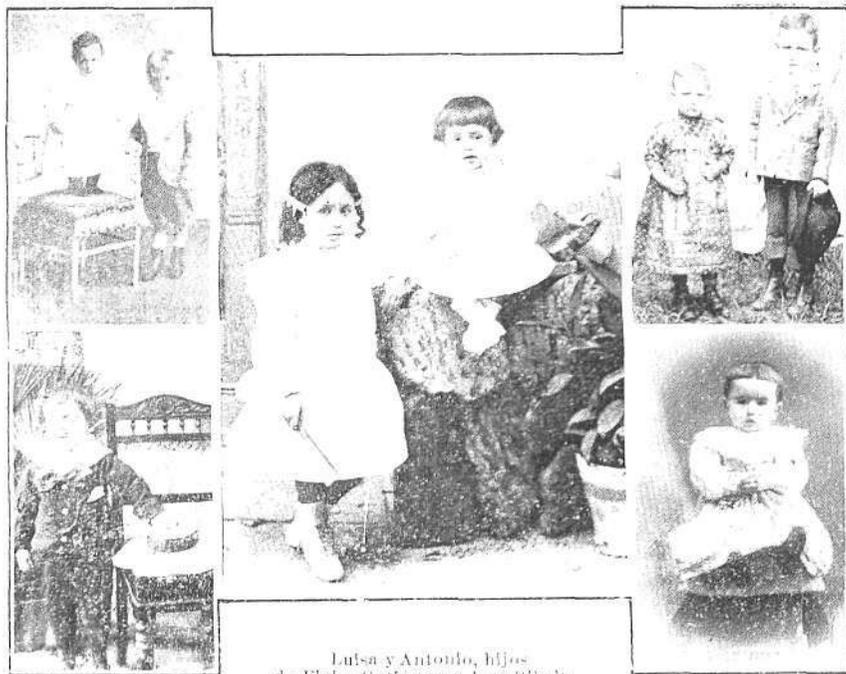
Luz, Mariano y Aecacia, hijos de Mariano Lopez, de Bilbao.

Palmira, hija de Matias Granero, de Córdoba.

Liberto, Igualdad y Fraternidad, hijos de Celestino Muñoz y Maria Monforte. El niño menor, Aguilardo, hijo de Arcés Pavía y Joaquina Pitarch, de Cete (Francia).

Los hijos de Antonio Rovira, de Gijón.

Juan y Santiago, hijos de Julián Jimenez y Aurora Moreno, de Sao Joro de Boa Vista (Brasil).



Luisa y Antonio, hijos de Elvra Gutierrez y José Ribalta, de Cadiz.

Niño Félix San Martín, de Dowlads (Inglaterra).

Palmira, hija de Simón Gracia y Valentina Cornago, de Sestao.

EL TRABAJO DE AUTONOMÍA

Era ya bien entrado el día cuando Nono fue despertado por un grupo de compañeros que invadieron su cuartito.

—¡Hu, hu! ¡el perezoso! dijo Mab con expresión burlesca y figurando los cuernos con las manos en la frente apuntando dos dedos. —¡El perezoso, que duerme bajo un sol que deslumbra! ¡Hu, hu!

—Anda, levántate—dijo Hans,—que vamos á trabajar al jardín.

No, replicó Mab,—porque me prometió ayer venir á ordeñar las vacas conmigo.

Nono se levantó y se vistió rápidamente.

Los niños del grupo levantaron las sábanas, mulleron el colchón é hicieron la cama, mientras que las niñas barrieron, limpiaron el polvo y dejaron todo en regla, quedando arreglado el cuarto en menos que cantara un gallo.

Terminada esa operación, los niños se dirigieron á una pieza del piso bajo dispuesta para el servicio de sala de baños, en la que había dos amplias, limpias y hermosas piscinas; una de agua á la temperatura natural, otra de agua templada para los frioleros; además, alrededor de la sala, había aparatos para toda clase de duchas.

En un instante se desnudaron todos, formando grupo encantador, en el cual las modulaciones graciosamente timbradas de una charla continua, los reflejos de la luz sobre una piel tersa y sonrosada y la corrección absoluta de las formas, constituía un cuadro de sublime hermosura.

Bañados, secos, vestidos, y cada cual con más ánimos que un Sansón, se dirigieron á desayunarse al comedor, donde se les sirvió leche, chocolate ó café.

Biquette trajo de la cocina una chocolatera llena de succulento chocolate, de la que llenó una gran taza y dijo á Nono:

—¡Poma; lo hemos preparado especialmente para tí.

—Y he aquí excelente galleta bien untada de manteca—le dijo Delia, que hacía rato se dedicaba á preparar aquellas apetitosas tostadas.

Nono dió gracias á todos y se desayunó con buen apetito, mientras que los demás hacían otro tanto.

Satisfecha aquella necesidad, se dispersó la bandada. Mab tomó á Nono por la mano y le llevó hacía los establos; pero las vacas ya habían salido á pastar.

Al atravesar los establos, Mab hizo observar á su compañero la limpieza que en ellos dominaba, tan diferente de lo que en este punto recordaban haber visto en los campos de los países de donde procedían, sombrías, sucias y mal olientes.

Grandes salas, perfectamente iluminadas, cuyo pavimento lo formaban anchas y bien unidas losas, con ligera pendiente para conducir los líquidos á los canaliculos que los arrastran al exterior; sólidas separaciones formadas de planchas de corte elegante, para separar cada animal, donde se mueven cómodamente; pesebres llenos de heno: una capa de paja fresca renovada con frecuencia; una bonita placa de mármol en cada sitio con el nombre de su locatario... tales eran los establos de Autonomía.

¿Ves qué bien alojados tenemos nuestros animales? hizo observar Mab. Este es el pesebre de mi preferida, de mi Blanquita. ¿Ves su nombre aquí? Vámonos al prado á buscarla.

Atravesando el establo, abrieron una gran puerta que daba al prado donde pastan y se solazaban tranquilamente las vacas.

Algunos autonómanos se ocupaban en ordeñarlas.

—He aquí mi Blanca—dijo Mab, corriendo hacia una de ellas, que lanzó alegre mugido al ver á su amita, quien pasando sus brazos alrededor de su cuello, le besó el hocico.—Mira qué limpia es. Somos compañeras y no olvida nunca que siempre le traigo golosinas.

Diciendo esto, Mab sacó del bolsillo un puñado de sal, que el animal saboreó con delicia. Después, tomando un banquillo y un tarro, la niña se dispuso á ordeñar la vaca.

Al cabo de un momento de ejercicio, propuso á Nono que ordeñase á su vez.

Nono ocupó su lugar, pero sus inexpertos dedos, sirviendo mal á su voluntad, no consiguieron extraer una sola gota de leche, con gran disgusto, porque al ver la facilidad con que Mab la hacía caer al tarro, le pareció una operación sencillísima.

No obstante, á fuerza de ensayos y de explicaciones de su amiga, llegó á sacar algunas gotas, lo que causó gran alegría á los dos niños, como si hubieran realizado una maravilla, y Nono, que comenzaba á desanimarse, adquirió nuevos ánimos; pero Mab ocupó

nuevamente su sitio y no se movió hasta llenar el tarro.

Nono, á quien no gustaba el papel de espectador, se puso á coger flores de las infinitas que esmaltaban la pradera, y habiendo hecho una gran recolección, tuvo la idea de dar una sorpresa á sus amigas Mab y Delia, que tan complacientes habían sido para él, y al efecto, se instaló á la sombra de un enorme nogal y con las flores recogidas trenzó hermosas guirnaldas, combinando los colores de la manera que le pareció más armónica.

Terminaba la segunda guirnalda y comenzaba una tercera, cuando al levantar la vista vió á Mab, que le contemplaba.

—¿Qué haces?—le preguntó—¿Para quién son esas hermosas guirnaldas?

—Hay una para ti—respondió Nono arreglándosela sobre sus cabellos.

—¿Para mí esta bella guirnalda?—exclamó Mab en el colmo de su alegría, corriendo á mirarse en un arroyuelo que corría al borde del prado. Después volvió diciendo:—Necesito besarte.—Y aplicó dos fuertes y sonoros besos en las mejillas de Nono.

—Esta—dijo Nono, mostrando la que acababa de terminar,—es para Delia, la otra para Biquette. Y colocándolas en su brazo para que no se estropeasen, fué á buscar el tarro de Mab para llevarlo á la lechería. Luego fueron á buscar á sus dos amiguitas.

Fueron al jardín y en él encontraron á Hans, que, con algunos compañeros, cavaba en un sitio apartado, donde se proponían efectuar algunos experimentos.

Habían leído en un tratado de jardinería, que injertando árboles de la misma especie, se podrían obtener frutos diferentes sobre el mismo tronco y rosas de distintos colores sobre un mismo rosal, y deseosos de asegurarse del hecho, querían hacer plantaciones de las especies que se proponían injertar. Nono admiró el ardor con que removían la tierra, cavando, ahuecando y preparando los abonos que se les había indicado como más convenientes para los efectos que se proponían experimentar.

Hans ignoraba dónde se encontraban Biquette y Delia.

Nono y Mab fueron más lejos, y encontraron á Biquette en uno de los invernaderos, cuidando de las plantas que allí se cultivaban.

A la vista de la hermosa guirnalda que se le dedicaba, Biquette aplaudió y saltó de alegría. Todas sus compañeras dejaron su trabajo para venir á admirarla también, y Nono se comprometió á enseñarles á fabricarlas.

Interrogada sobre el punto donde se encon-

traría Delia, Biquette aseguró que se la encontraría en la parte de jardín dedicada al cultivo de granos.

Mab y Nono se dirigieron corriendo al sitio indicado, y encontraron á Delia con un pincel en la mano, tomando un polvo amarillo que muchos de vosotros habréis visto en las flores cuando están completamente abiertas. Con este mismo pincel, Delia tocaba el cáliz de otras flores diferentes.

—¿En que te entretienes?—preguntaron Mab y Nono con curiosidad.

Delia respondió que su profesor botánico les había explicado que casando ciertas plantas entre sí, se obtenían granos de una especie diferente de formas y de colores, que es lo que se llaman híbridos.

Y como Nono no entendía una palabra, porque jamás en su vida había abierto un libro de historia natural, Delia le explicó cómo se forma el grano en las flores.

—Este polvo que recojo—dijo,—sale de una bolsita llamada antera, y es recogido por otra parte de la flor que se llama estigma; ordinariamente los dos órganos se hallan en la misma flor, pero hay ciertas especies en que se hallan sobre pies separados.

En el primer caso, la planta se dice que es hermafrodita; en el segundo, los pies que tienen las anteras se denominan machos, y los que recogen el polvo son hembras, y son éstos los que producen el grano.

El estigma conduce los granos de polvo amarillo que ha recogido en un glande que se llama ovario, y allí se engrosan mientras engrosa también el órgano que los ha recogido. Así se forman las frutas como las peras, las manzanas; las pepitas del interior son el grano producido por los granitos de polvo amarillo.

En estado libre, los insectos que vienen á buscar alimento en las flores, prestan ese servicio, transportando el polvo amarillo de una flor á otra. Aquí Delia con su pincel reemplazaba á los insectos, sólo que en lugar de llevar el polvo amarillo llamado polen á flores idénticas, lo llevaba á flores de géneros diferentes, con el propósito de crear una nueva variedad.

Pero mientras daba aquellas explicaciones y mostraba á Nono, en una flor que había cogido, los órganos que nombraba, Delia fijaba su miradas en la guirnalda que llevaba Mab y en la que Nono guardaba aún en su brazo.

Nono, que la observaba y adivinó su deseo, se apresuró á decirle:

—¿La ves?: es para ti—y se la puso en la cabeza.

Delia se manifestó no menos agradecida y

contenta que sus amiguitas Mab y Biquette, y á las otras que acudieron á admirar aquella manifestación de fraternidad y buen gusto artístico, debió también prometerles la enseñanza de su fabricación.

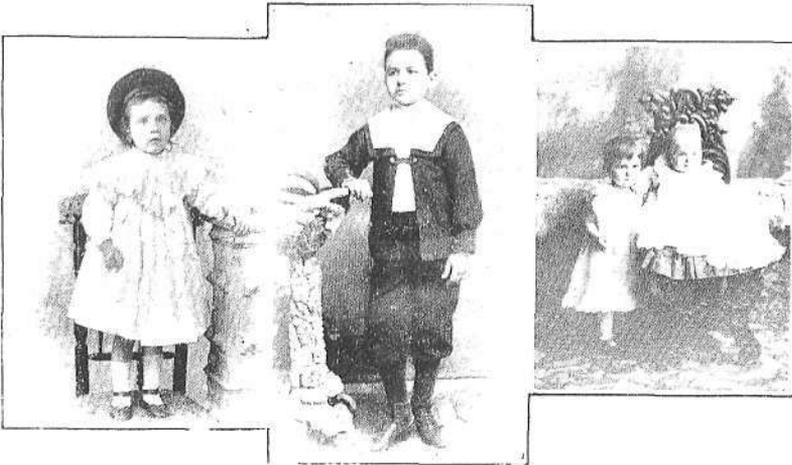
Aquello fué un exitazo, como se dice en la jerga artística; durante ocho días no se pensó en otra cosa en Autonomía que en la construcción de guirnaldas, hasta que se agotaron los prados, se saquearon un poco los jardines y no sé si se hubieran librado del

todo los mismos invernaderos, si un nuevo juego no hubiera venido á operar una desviación del pensamiento, haciendo abandonar las guirnaldas.

A todo esto llegó la hora de la comida; las mesas se sirvieron también al exterior, sobre la explanada, porque el tiempo era espléndido, y Nono, que esta vez tenía hambre, pudo gustar no sólo de las frutas que le gustaban, sino también de muchas otras que no conocía ni había visto en su vida.

JEAN GRAVE

(Del libro «Las aventuras de Nono», traducido por Auselmo Lorenzo y publicado por la «Escuela Moderna», de Barcelona.)



Rosalía,
hija de Juan Murga
y Agueda Goicoechea,
de Bilbao.

Francisco, hijo
de Francisco Berenguer,
de Alcañete.

Elena y Gerardo, hijos de
Teresa Vega
y Gerardo Quintana,
de New-York (EE. UU.)



Parsons, hijo de
Macario Puertas,
de Bilbao.

Manuel, hijo de
Fidel Cabrera,
de Sevilla.

José, hijo de
Antonio Castillo,
de Cantillana.

Aeracia, hija de
Raimundo Castro,
de Bilbao.

Palmiro,
hijo de María Mas
y Juan Montañés,
de Barcelona.



Las niñas que concurren al colegio laico de Algeciras.

CANCION BLANCA

Luces brillantes,
finos aromas,
flores, gorjeos,
risas, amor,
blandos susurros,
tiernos balidos,
cohorte hermosa
del alba son.



José, hijo de José Rieurt,
de Lérida.

Febo aparece
en carro de oro,
llevan sus rayos
germen fecundo,
el campo vibra
y en sus entrañas
hierve la savia
que nutre al mundo.



Alejandra, hija de Francisco Parde
y Maria Alvedro, de La Coruña.

Libres las aves
cruzan el viento,
luego se esparcen
por la enramada,
alegres cantan
y sus canciones
son un saludo
á la alborada.

Trisca el cordero
en la pradera,
muge contento
el recental,
la abeja liba
de flor en flor,
tras el rebaño
corre el zagal.

Himno suave
canta el arroyo,
las mariposas
vuelan doquier,
tras de la yunta
marcha el labriego
y la simiente
deja caer.

Basilio.



Hijo de Luis González
y Concha López, de Oviedo.

Concierto hermoso
Natura entona
cuando sus besos
el sol le da,
abre su seno
y otorga pródiga
premio al trabajo,
colmo al afán.

Feliz el mundo
siempre sería
si esas bellezas
libre gozara,
si torpe ley
á los humanos
con fuerte traba
no sujetara.

Hermosa infancia
la de la vida
en la que blanco
todo se ve,
edad sublime
llena de anhelos,
que al hombre brinda
dicha y placer.



Aeracla, hija de Luis Madrid
y Josefa Simón, de La Línea.

Tú de la vida
eres el alba,
el bello y dulce
amanecer,
la primavera
de los mortales,
fértil oasis,
florido edén.



Demófilo, hijo de Antonio Pelaez
de Málaga

Luces brillantes,
finos aromas,
flores, gorjeos,
risas, amor,
blandos susurros,
tiernos balidos,
cohorte hermosa
del alba son.

ANTONIO APOLO.

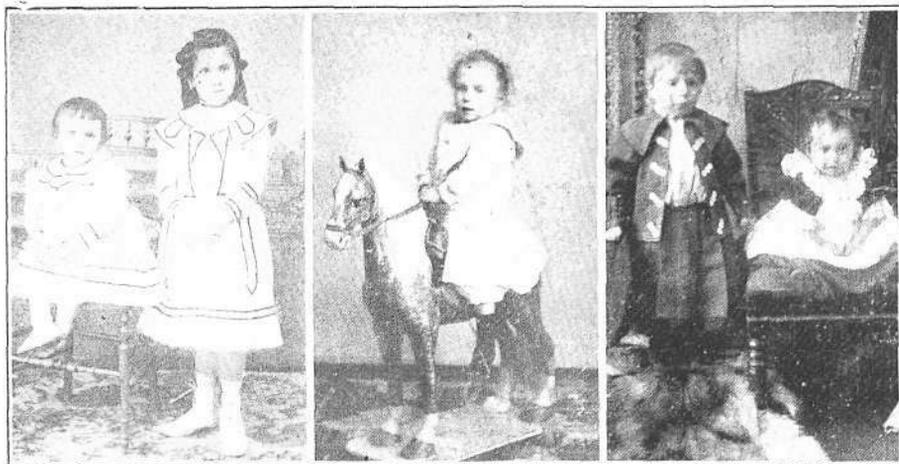


Eberto, hijo
de Carlos Boisa,
de Barcelona.

César y Paludra, hijos
de Magdalena García
y Juan Cordobés,
de Madrid.

Aurelia y Asunción,
hijas de Botella Tello
y Asunción Antón,
de Elche.

Sixto, hijo
de Faustino Bayón
y Francisca Miranda,
de Sestao.



Dolores y Manuel,
hijos de María Pastrana
y Manuel de los Reyes,
de Badajoz.

Ernesto, hijo de José Borrego
y Catalina Trujillo,
de La Línea.

Idemorth y Marcos, hijos
de Francisco Gracia
y María Cruz Palacios,
de Dowls (Inglaterra).



Manuel, hijo de
Manuel Gómez
y Josefa García,
de Penaranda.

Teresa y Angela,
hijas de Rodrigo Virtus,
de Port-Bou.

Niñas
María y Teresa Fortuny,
de Reus.

Niño
José Orellana,
de Jerez
de la Frontera.

LA ESCUELA ALTRUISTA

Amor, Verdad, Justicia.

En una mañana fría de invierno, varios niños, insensibles á la inclemencia de la estación, charlan y juegan á la puerta de la escuela, esperando la hora de entrada.

Todos van curiositos y bien abrigados, y algunos despachan con buen apetito los restos de su almuerzo.

Su vivacidad y alegría reanima y conforta, produciendo en el vecindario un efecto semejante al que causan en aquellas hermosas mañanas de Mayo el cruce por los aires de las bandadas de pajaritas golondrinas.

Doblando la esquina, cuatro ó seis casas más arriba, entra en la calle un niño de mísero aspecto, descubierta la cabeza y el pelo enmarañado, flaco, de rostro demacrado, ojos tristes, ademán tímido, vestido con verdaderos harapos, y descalzo.

A la mitad de la distancia que separa la esquina de los escolares hay un montón de basura en el cual hucía un perro; al llegar allí el niño mísero ve un mendrugo de pan, que el perro, entretenido en roer un hueso, tal vez se reserva para postres; pero el niño está hambriento y su estado mental no le permite ciertas distinciones acerca de la decencia, y menos aun sobre la prioridad de derecho de apropiación, y coge el mendrugo y se lo come. Cambiando la situación de los personajes (permítaseme calificar de tal al cuadrúpedo canino, distinción que autorizan muchos personajes bípedos), es posible que en igualdad de circunstancias el perro hubiera hecho otro tanto; pero tomando su necesidad y su deseo por derecho indiscutible, cosa que vemos á cada paso entre fuertes

que poseen y débiles que protestan, el perro se pone furioso, y ladrando y enseñando los dientes, se dirige contra el niño. El pobrecito, azorado y tembloroso, corre apresuradamente, pero al llegar al grupo de los niños, tropieza y cae de bruces.

Los niños fijan su atención en el suceso, y espontáneamente se dividen para hacer las

dos primeras cosas que el caso requiere: unos rechazan al can agresor, quien al ver que entre él y su víctima se interpone una fuerza, se detiene; sin duda la razón, ó el instinto, u otra cosa que no sea lo que por instinto ó por razón definen teólogos, filósofos y naturalistas, le hace comprender que hay peligro en continuar, y más le confirma sin duda en su operación mental, una pedrada que siente en el anca, que le hace emprender la carrera cojeando con gracia perruna, al propio tiempo que lanza aquellos lastimeros aullidos que hacen decir á ciertas gentes: «Ese no lleva nada en la boca». Otros levantan al niño, le consuelan lo mejor que saben y for-

man corro á su alrededor, mirándole con ojos compasivos.

La situación aquella no podía prolongarse: el movimiento es la vida, y la necesidad de vivir, urgente y bullidora en la infancia, mueve á aquellos niños, quienes lo hacen siguiendo el impulso propio de su manera de ser, formada por temperamento y por educación: unos, irreflexivos é indiferentes, siguen sus juegos; otros, más reflexivos, pero juzgando mal, en virtud de preocupaciones y convencionalismos corrientes, se burlan del chicuelo astroso y feo que come mendrugos



de la basura; en cambio hay un compasivo que le da un poco de pan que le quedaba, y otro que le da cinco céntimos.

La vivacidad infantil disuelve, pues, el coro de los niños; ya ninguno tiene allí idea ni sentimiento que le retenga; la maldad, la indiferencia y hasta la caridad infantiles han cumplido su cometido, y el pobrecito vagabundo, después de manifestar su gratitud por medio de una sonrisa velada por lágrimas, que da a su rostro lastimosa expresión, se dispone a arrastrar su triste vida por las es-



pinosas aventuras que la miseria tenga a bien presentarle; pero uno de los del disuelto coro, diferenciándose de todos sus compañeros, no acaba allí su sensación, antes al contrario, la persistencia de la desgracia del pobrecito niño y la indiferencia de todos, le produce nuevas sensaciones, y en su inteligencia se desarrollan otros pensamientos que, aun no bien precisados, determinan su voluntad.

Su primer impulso es detener al niño y preguntarle:

—¿Tienes padre y madre?

—Madre no más,—responde.

—¿Sois muy pobres?

El interrogado no conoce bien el significado de la palabra *pobre*; ha oído llamar *pobrecitos* a niños que no padecían hambre, sólo por acariciarlos estando contentos, ó por consolarlos cuando lloraban por haber sufrido un golpe y aun por tomar una rabie-

ta sin razón, y no se había dado cuenta de que ser *pobre* significase carecer de medio de vida. Por eso responde ingenuamente:

—No sé.

El diálogo interesa un poco a los que ya se habían desinteresado del asunto, y prestan atención.

—¡Qué tonto!—dicen unos.

—¡Pobrecillo!—exclaman otros.

Pero todos juntos, solicitados por dos de los reconocidos como más traviesos, corren en persecución del perro personaje, que había vuelto a terminar su examen del basurero, creyendo equivocadamente que el peligro había pasado.

Entretanto el niño interrogador continúa en su puesto en disposición de llevar a cabo un propósito que se determina con mayor claridad según las respuestas que obtiene.

—¿Qué hace tu madre?

—Hoy está mala y no ha podido ir a trabajar.

—¿Y tu has salido a la calle dejando a tu madre mala?

—Es que ha quedado allí mi tía, y yo he salido porque tenía gana y en casa no había pan,—contestó llorando el infeliz.

Esta respuesta impresiona de modo extraordinario al niño interrogador, y llamando a sus compañeros, dice a los que quieren acercarse:

—Este niño tiene hambre y no tiene qué comer, su madre está mala y no puede asistirle, está helado de frío y va descalzo y casi desnudo, es ignorante y no va a la escuela. De todas esas desgracias nadie puede culparle; las sufre y es inocente. Es un hermano nuestro, y nosotros que, sin merecerlo más que él, tenemos padre y madre, comemos bien, vamos bien vestidos y nos instruímos en la escuela, no podemos dejar en la calle disputando su comida con los perros del basurero, a nuestro inocente hermano. El maestro nos ha enseñado que nadie tiene derecho a lo superfluo mientras no tengan todos lo necesario, y esta es la ocasión de demostrar que aprovechamos sus lecciones. Yo por ahora no sé qué hacer: decid vosotros lo que se os ocurra en favor de este niño y de su madre; entretanto, yo le doy todo lo que tengo, lo que doy todos los días a quienes más quiero en el mundo, a mi mamá, a mi papa, a mi hermanito,—y se arroja al misero niño, estrechándole entre sus brazos y cubriéndole de besos.

Aquel impulso produce, como no podía menos, efecto sugestivo: los caritativos, los indiferentes y hasta los malos se sienten conmovidos y dispuestos al bien: los transeúntes se fijan en aquel interesante grupo de niños

que, atraídos por el benéfico poder de un niño previsor, nivelaba á la altura de la soli-



daridad humana; á los atávicos capaces de pisotear al caído; á los burgueses, endurecidos por el fatalismo de la *struggle for life*, y á los católicos, acomodados al convencionalismo tomista de la limosna, preconizado por la *Rerum novarum*.

En todos los ojos hay lágrimas; todos los corazoncitos laten con velocidad extraordinaria, é indecisos y faltos de iniciativas por donde dar salida práctica y útil á aquella actividad acumulada, dispuestos á obedecer, sujetos al ambiente de jefatura y de subordinación pasiva, y por añadidura de fórmula y de expediente en que vivimos, todos esperan la palabra que sirva de guía, la inteligencia directiva sobre la cual puedan descargar el peso de aquel entusiasmo pasajero que corre el riesgo de enfriarse y de perderse en la esterilidad.

En aquel momento, el maestro, extrañado que á la hora acostumbrada no hubiese entrado en la escuela un alumno siquiera, sale á la puerta de la calle y ve aquel grupo de escolares y transeúntes.

—¿Qué es eso?—pregunta.

Enterado del suceso por un transeúnte, el maestro penetra en el interior del corro, im-

prime sonoro beso en la frente del niño iniciador, toma de la mano al pobrecito mendigo y, seguido de todos sus alumnos, penetra en la escuela.

Mientras los niños se despojan de sus abrigos y se colocan en sus puestos, el maestro se lleva al niño á la cocina y hace que le sirvan rápidamente un refrigerio, y poco después se presenta en la escuela con el niño de la mano. En seguida llama al niño iniciador, y al presentarse le dice:

—Tu acción generosa es la lección del día, y á fe que pocas pueden ser más oportunas y de mayor transcendencia. Hoy eres tú el maestro, te corresponde mi sitio, porque á todos, incluso yo, nos toca aprender lo que tú has tenido la noble inspiración de enseñarnos. Siéntate, pues, en la presidencia; á la derecha se sentará este niño que has amparado con tu protección, y al lado opuesto me sentaré yo, desde donde haré las consideraciones que corresponde hacer.

El niño queda asombrado ante el mandato del maestro, y su emoción es tal, que no se atreve á moverse; pero el maestro le empuja con suavidad, y movido mecánicamente por aquella acción, llega al sitio indicado y se sienta.

Sus compañeros, al verle subir á la plataforma, agitados por fuerte emoción, se ponen en pie, pero cuando le ven sentado en el sitio de honor, ejerciendo la magistratura del bien, las exclamaciones de júbilo brotan unánimes y espontáneas, llenando los ámbitos de la sala de aquellas inflexiones de timbre infantil, que, como expresivas de la admiración y de la sincera alegría, son como el himno de la justicia.

El maestro reclama el silencio, y los niños



todos, elevados á la altura de la solemnidad de las circunstancias, como si fueran cada uno por sí agente de una acción sublime, re-

concentran sus facultades mentales y sensitivas en el acto que se realiza.

—Queridos niños: me he enterado rápidamente de lo ocurrido, casi con la misma rapidez con que se ha verificado el suceso. Ante nuestra consideración se ha ofrecido una víctima, entre muchas, de lo que suele llamarse injusticia social, y que en realidad sólo puede denominarse ignorancia de lo justo, y con mayor propiedad, estado de la evolución progresiva de la humanidad. Este niño, hijo de una pobre viuda enferma, vaga hambriento por las calles; y vosotros, ante él, habéis dado el espectáculo abreviado y sintético de la sociedad: unos se burlan, otros le dejan indiferentes, otros le dedican una compasión estéril, que más que favorecer al necesitado



parece un pretexto para acallar la propia conciencia, y llega, por último, el que hoy es nuestro maestro, el que espero os inspirará otras acciones no menos bellas y generosas que la suya, y le da lo que da todos los días a quienes más quiere en el mundo, á sus padres y á su hermano; y eso después de reconocer que entre vosotros, amados y bien asistidos, y el pobre vagabundo, aunque amado por su madre, pereciendo en la miseria, no hay mérito ni culpa; ni vosotros mereis más que él, y él es absolutamente inocente ante los males que le abruman.

Ese es un acto grandioso de solidaridad humana, la gran virtud del porvenir, la base de la sociedad futura. Su enseñanza, por cuanto ha de acercarnos á las justificaciones verdaderas, es de lo más importante para la infancia. Por eso le proclamamos hoy nuestro maestro, porque con un impulso de su corazón ha sabido inocularos ideas y sentimientos que cien discursos míos no hubieran podido conseguir. Ha dicho un filósofo con profundo sentido: «Muchas acciones viles

cometidas por los hombres, por muy sensibles que sean para mí, no me rebajan; pero una acción original, noble y generosa, señala un grado más en la escala de la nobleza de los hombres.» Así, los que en el caso que celebramos en este momento habéis estado por bajo de él, desde los caritativos hasta los malos, todos os sentis ennoblecidos por la acción de vuestro compañero, y dispuestos á secundarle en la obra emprendida. Respondecme, queridos niños, ¿interpreto bien vuestros sentimientos?

Un sí unánime y entusiasta fué la contestación de la infantil asamblea.

—Pues desde este momento este niño desgraciado será vuestro compañero, contando con el beneplácito de su mamá, á quien pienso visitar en seguida. Después vosotros iréis á vuestras casas á referir lo sucedido y á recabar para vuestro hermanito y su madre la protección necesaria.

El maestro, visiblemente emocionado por la bondad ambiente, hace una breve pausa; después, como impulsado por súbita inspiración, exclama:

—Hijos míos, en el mundo veréis que el móvil de todas las acciones es el beneficio individual; desde el que cae por el vicio y se abisina en el crimen, hasta el que cree elevarse por la virtud á la posesión de la bienaventuranza eterna, son egoístas; en último término son insolidarios con sus semejantes, sobre ellos no puede fundarse la fraternidad humana; sólo el que por el equilibrio de sus facultades obra el bien siempre, extendiendo su benéfica influencia á cuanto le rodea, sin mira utilitaria posterior, es el bueno, es el altruista; el que así obra, el que en medio de la sociedad egoísta en que vivimos se anticipa á los tiempos de la fraternidad futura, es como un patriarca de la familia universal. Su tipo en este momento, en atención al gran acto del día, es este niño, hoy nuestro maestro, en cuyo honor y para honra nuestra y enseñanza perenne pienso denominar la escuela que nos cobija, con este nombre: «Escuela Altruista».

Con estas palabras da por terminada la clase de la mañana, en honor de la noble iniciativa del maestro del día, y cita á todos para dedicar la tarde á un paseo y celebrar una merienda que podría denominarse la agapa de la solidaridad. Con júbilo indescriptible, después de abrazos, lágrimas de alegría y risas y gorjeos infantiles que formaban una sinfona riquísima en evocadoras melodías, salieron corriendo de la escuela, dispuesto cada cual á cumplir su importante misión.

ANSELMO LORENZO



Marfano, hijo de Balbino Gloria, de Kuhl.

Salud, Libertario y Progreso, hijos de Barbara Altarriba y Macleano Alvarez, de Madrid.

Miño Basilio Basuldo, de Sabadell.

Consuelo, hija de Manuel Valdés y Eugenia Tizon, de Brooklyn (Estados Unidos).

Acracia, Autonomía y Libertad, hijas de Vicente Garcia y Matilde Luengo, de Merthyr (Inglaterra).

Josefa, hija de Benito Gallardo y Josefa Casasola, de Brooklyn (Estados Unidos).



Consuelo y Blanca, hijas de Gregorio Muro, de Bilbao.

Fragmento de un drama inédito.

ACTO SEGUNDO

Decoración.

El patio ó sitio de recreo de una escuela modelo. Al fondo, lo más apartado posible de la boca del teatro, una hilera horizontal de árboles; de unos á otros árboles, zarzales, etzevaras, etc., las plantas que se crían á orillas de los ríos. Mas hacia acá, unos cuantos niños de nueve á trece años de edad juegan con un balón de los grandes tirándosele con el puño del uno al otro; entre ellos estará Enrique. En primer término, centro, se hallará Arturo rodeado de cinco ó seis niños de tres á cuatro años. La derecha espectador representa la parte interior del edificio, con una puerta al centro y dos ventanas altas á cada lado; la pared blanca. De la casa al foro, árboles que figuran el contorno del jardín del colegio; de la primera ventana al telón de boca, una pared de dos metros y medio de ancho. A la izquierda espectador, árboles y flores, pues el jardín se extiende también por aquel lado.

ESCENA PRIMERA

ARTURO, ENRIQUE Y LOS NIÑOS INDICADOS

Arturo. (Con unos cuantos dados en la mano, en los que habrá una letra del abecedario en cada cuadro.)—A ver, á ver quién de vosotros me trae la A; al que me la traiga, un beso. (Arroja los dados á cuatro ó cinco pasos de distancia; los niños corren detrás de ellos y vuelven con un dado cada uno en la mano, pretendiendo todos haber adivinado la letra.)

Niños.—¡La A, la A; yo la he cogido!

Arturo.—No, esta letra no es la A; es la J. (Un niño se acerca con un dado.) Juanito ha acertado; ésta es la A, ¿véis? ésta. (Besa á Juanito.) Otra vez; miradla bien (Enseñando los dados); son éstas; las letras que os enseñé son las aces. A ver quién de vosotros me trae la A. (Arroja los dados; los niños hacen la misma operación de antes.)

Niños.—¡Yo la traigo! ¡Yo la he cogido!

Arturo. (Tomando un dado de un niño.)—Esta es, Perico. (Dirigiéndose á otro niño.) Otra vez has acertado, Juanito. (Besa á los dos niños.) Ahora, Juanito, busca la B; ves, Juanito, esta es la B. (A los demás) Vosotros, buscareis la A, ¿estamos? una, dos, tres. (Arroja los dados.)

Niños.—Yo acierto, yo.

Arturo.—¿A ver? ¡Pues es verdad; todos habéis acertado! (Los besa á todos.) Escuchad: la B y la A forman la sílaba *ba*, esto es, aquí la tenéis; B y A, *ba*. Juanito y Ramón formarían esta sílaba; Perico que busque la B y Palmiro la A, y entre los dos que formen también la sílaba *ba*. Una, dos, tres. (Arroja los dados; los niños corren tras ellos.)

Niños (Presentándose de dos en dos).—*Ba, ba.*

Arturo.—¡Bravo! ¡bravo! seréis más sabios que Salomón. Besadme vosotros ahora. (Lebesan.) Otra vez; Juanito que busque la C; ¿véis? ésta es la C (enseñándoles un dado); los demás que busquen la B. (Se oye un timbre.) Enrique, ve quién llama. (El jovencito entra al interior del edificio y sale al poco rato diciendo):

Enrique.—Una señora que se llama doña Teresa... ahora no recuerdo el apellido...

Arturo.—Espinas.

Enrique.—Esto es.

Arturo.—Dile que pase, y tu juega con los pequeñitos. (Enrique entra de nuevo en la casa y sale seguido de Teresa; llama á los niños por señas, les da un balón un poco más pequeño que el de los otros, y juegan.)

ESCENA II

TERESA Y ARTURO

Teresa. (Mirando por todos lados.)—Esto es hermosísimo, Arturo.

Arturo.—Más hermoso que los libros de Tolstoi, porque nada hay tan bello como la Naturaleza. ¿Qué te trae por aquí?

Teresa.—En casa me aburría, se apoderó de mí una tristeza extraña. El médico dijo que necesitaba distraerme y hacer la vida del campo. Pedí permiso á mi padre para pasar una temporada en tu compañía, y me lo ha concedido.

Arturo.—Me extraña mucho que te hayan dejado venir sola.

Teresa.—Me han acompañado hasta el tren; de Barcelona á Manresa es un viaje muy corto, y de Manresa aquí, aunque está á cuatro pasos, he venido en coche.

Arturo.—Conste que yo no me opongo á que pases en mi compañía todo el tiempo que te plazca; pero me llama la atención el que habiendo tanta servidumbre en tu casa, note hayan dado una sirvienta por compañía.

Teresa.—Te diré la verdad: he huído.

Arturo.—Lo suponía, y has dado un mal paso, Teresa.

Teresa.—No tiene remedio. Yo no naéc para hacer la vida comercial y beatífica que se hace en casa. Aquello no es vivir. Necesito emociones fuertes; ser útil á mis semejantes; hacer algo en bien de los demás. Lo que haces tú, por ejemplo.

Arturo.—Teresa, mi situación no era muy halagüeña y tú la vienes á empeorar. Tu hermano me amenaza con un pleito; dice que este edificio le pertenece porque está construído en terrenos que eran de su padre, y porque las cuentas están extendidas en su nombre. Ya comprenderás que ahora tendrá más empeño en echarme de aquí y en arruinarme, si sabe, que lo sabrá, que te has venido á vivir conmigo.

Teresa.—Malo considero á mi hermano, pero no tanto que le crea capaz de tamaña injusticia. Eso sería abusar de tu buena fe; bien sabe Jorge que el dinero era tuyo.

Arturo.—Es capaz de todo; me odia como cuñado y como individuo.

Teresa.—Sin embargo, yo estoy aquí.

Arturo.—¿Tú...? Débil criatura. ¿Qué podrás contra la fuerza de un juez que cumple una ley á fuerza de capciosidades, y contra un fanático poderoso y cruel que cree ganar el cielo persiguiéndome de muerte? Deja que se desarrollen los sucesos si quieres creer el amigo, y ya que has venido á esta casa por librarte de la tiranía de los tuyos, aprovecha la libertad que en ella se goza, sin preocuparte de nada, pasando el tiempo leyendo, no en los libros de los hombres, que son parte á tus desarreglos nerviosos, sino en el libro de la Naturaleza, que en estas páginas (señalando la campiña) se presenta claro, ameno, instructivo y saludable.

Teresa.—Es que yo pienso como el gran Tolstoi, y siento la nostalgia del héroe sumido en la pasividad...

Arturo.—Procura ser mujer, que es fácil que llegues á ser héroe algún día.

Teresa.—¿Acaso no soy ya una mujer?

Arturo.—Elenfermo, Teresa, no tiene sexo. Tú no conoces la enfermedad que padeces, y precisamente por eso es más incurable y peligrosa.

Teresa.—Pero ¿qué tengo; si nada me duele?

Arturo.—Pero te sientes *supermujer*, elegida, heroína, mártir, apóstol, sin sentirte esposa ni madre, sin que notes la falta de un cariño, que es precisamente lo que notarías á tu edad si estuvieras sana. Te falta vida, Teresa; con más vida serías menos mártir, menos héroe. Esto es lo que tú debes procurar y lo que yo procuraré, si estás mucho tiempo á mi lado.

Teresa.—Haré lo que tú me indiques; ya sabes el respeto que te tengo.

Arturo.—Es influencia sobre tu naturaleza débil y sensible.

Teresa.—Sea lo que fuere; los médicos algunas veces se engañan también, sobre todo cuando de enfermedades morales se trata.

Arturo.—Hazte la ilusión de que tienes

ocho años; procura borrar de tu mente todas las lecturas; juega con mis hijos pobres, pero sin creerte superior á ellos ni de más edad; y si tienes algún deseo que satisfacer, no apotólico ni místico, piensa siempre que, haciendo lo que te digo es como habrás de verlo satisfecho. (Suena el timbre; Enrique hace la operación de antes.)

Enrique. (Dirigiéndose á Arturo). Un obrero pregunta por usted.

Arturo.—Que entre al saloncito. (Enrique desaparece por la puerta.) (A Teresa). A jugar con los niños, Teresa.

Teresa.—Ocuparé tu sitio al mismo tiempo.

Arturo se dirige á la puerta, pero antes de traspasar el umbral que el telón del cuadro, que ha de ser idéntico al que figura á la derecha, porque representa el interior del aposento, es decir, ha de tener una puerta en medio y una ventana alta á cada lado. A la izquierda una puerta y al lado de esta puerta cuatro ó cinco balcones colgados; á la derecha, el mismo telón del cuadro anterior, esto es, la pared que representaba desde la primera raya á la boca. Enfrente de esta pared, una mesa y dos sillas, una á cada lado de la mesa; al otro lado un diván. Tan pronto como el telón aparece Arturo por la puerta del centro. Poco después hace lo mismo Antonio por la puerta izquierda espectador, guiado por Enrique, que se retira.

ESCENA III

ANTONIO Y ARTURO

Arturo.—¿Qué se le ofrece, amigo?

Antonio.—(Turbado.) Soy un obrero vecino de Manresa y trabajo en la fábrica de su cuñado de usted..., aquí cerca, un poquitin más hacia la ciudad.

Arturo.—Muy bien; animese usted y considere que habla con una persona ni superior ni inferior á usted.

Antonio.—Haga usted el favor de leer la carta (sacándose una carta del bolsillo) que recibí de mi hija mayor. La tenía en el pueblo en casa de mis padres con sus tres hermanitos menores. (Arturo coge la carta y la lee.) Dice que sus abuelos están enfermos, que no tienen qué comer y que nadie quiere socorrerles porque son hijos de mal padre. ¿Sabe usted? Con su madre no nos habíamos casado...; figúrese usted en un pueblo tan carlista! Antes Rosa lavaba la ropa de las casas más acomodadas del pueblo y comía en ellas; ahora los niños la apedrean.

Arturo.—¿Y por qué no les escribe usted diciéndoles que vengan inmediatamente?

Antonio.—Ya lo hice y llegaron ayer; en la puerta me están aguardando. Por esto vengo á suplicarle que los admita en su colegio. Gano poco jornal y no puedo ofrecerle á usted nada fijo, pero le daré lo que pueda. Además, si la necesita, mi hija mayor, que ya es una mujer hecha y derecha, á pesar de sus pocos años, podría hacerle la limpieza

de la casa ó algún otro quehacer. Es muy limpia, buena y hermosa, aunque me este mal decirlo.

Arturo.—Nada, nada, no hay que hablar una palabra más; mande usted á sus tres hijos!

Antonio.—¡Ah! Gracias, señor; al salir dire que entren. Yo no puedo acompañarles mucho tiempo, porque perdería el jornal. He venido aprovechando los minutos que nos dan para almorzar y me he comido el almuerzo por el camino. No importa, esta cerca y tengo buenas piernas. Mi hija les acompañará, y de paso puede usted mandarle algo en pago de los favores que nos hace.

Arturo.—Nada necesito.

Antonio.—A ver, a ver si logramos que mis hijos sean hombres instruidos y de ideales generosos.

Arturo.—¿Con que usted sustenta ideales generosos?

Antonio.—Dentro de las sociedades obreras se hace lo que se puede. Ahora soy presidente de la sección de peones; porque yo soy peón.

Arturo.—¿Y cuanto gana usted?

Antonio.—Siete reales.

Arturo.—A decir verdad, la asociación le ha favorecido bien poco. Siete reales nada tienen que agradecer á las sociedades de resistencia.

Antonio.—Ahora hemos pasado una crisis horrible. La persecución del gobierno, la suspensión de las garantías, las infamias de la policía..., todo ha contribuido á desorganizarnos y nuestros patronos han aprovechado la ocasión para bajar los jornales; pero volveremos á recobrar el terreno perdido.

Arturo.—Es preciso que se organicen de nuevo y pujan mejoras en el trabajo; con siete reales ni siquiera se puede comer. (Variando de tono.) ¿Y qué tal mi cuñado, es buen amo?

Antonio.—(Rascándose la oreja.) Bastante maluco, aunque sea cuñado de usted.

Arturo.—Sí, ya lo sé; pero en manos de ustedes está...

Antonio.—Usted dispense, D. Arturo, es tarde y perdería un cuarto del jornal.

Arturo.—Puede usted retirarse cuando guste.

Antonio.—El domingo hablaré con usted de estos asuntos.

Arturo.—Con mucho gusto. No se olvide de mandar á sus hijos.

Antonio.—(Saliendo por la puerta izquierda.) No señor, ahora entrarán.

(Se oye un timbre. Arturo se pasea un rato pensativo, después se oye el timbre de nuevo y aparece Rosa con sus tres hermanitos.)

ESCENA IV

ARTURO, ROSA Y SUS TRES HERMANOS

Rosa.—(De la puerta izquierda, con un niño en cada mano y otro que le sigue detrás; los niños pobremente vestidos, pero muy limpios; Rosa viste como las aldeanas de Cataluña. Timidamente, sin atreverse á adelantarse.) ¿Se puede entrar?

Arturo.—Adelante, joven.

Rosa.—Mi padre me ha dicho: anda, entra, Rosa, que el bueno de D. Arturo admite á sus hermanitos.

Arturo.—Es verdad. Me ha contado vuestras desventuras y lo que usted ha sufrido y trabajado.

Rosa.—Aprensiones de mi padre, señorito; porque yo no he hecho más que lo que debía. (Durante la conversación, los niños han oído ruido en el patio y se asoman á la puerta del foro.)

Arturo.—Es cierto, pero en lugar de usted, no todas las jóvenes hubieran hecho otro tanto.

Rosa.—No sé... (Confusa y queriendo retirarse, sin saber con qué pretexto.) ¿Quiere usted que le vaya á barrer el portal?

Arturo.—No, niña. ¿Desea usted marcharse? Aguarde un momento. (Por la puerta izquierda espectador.)

ESCENA V

ROSA Y LOS NIÑOS

(Al quedarse solos con su hermana, los dos niños mayores se plantan delante de los balones que cuelgan.)

Un niño.—Mira, Luis, qué balones tan grandes.

Otro.—Cogelos, que seran para jugar.

Un niño.—Estrindandose y haciendolo además de cogerlos... No alcanzo.

Otro.—Yo te ayudaré. (Intentando levantar a su hermano.)

Rosa.—¡Venid aquí! Si se enteran don Arturo, os encierra con los gigantes.

Un niño.—Llorando. ¡Yo quiero ir a casa, aquí hay gigantes, yo tengo miedo!

ESCENA VI

ARTURO, ROSA Y LOS NIÑOS

Arturo.—(De la puerta izquierda.) ¿Qué tienen?

Otro niño.—¡Yo quiero ir a casa!

Arturo.—(Cogiéndolos de la mano.) ¿Por qué?

Un niño.—Porque me dan miedo los gigantes.

Arturo.—Pero si aquí no hay gigantes.

Otro niño.—Rosa lo ha dicho.

Rosa.—Quieran un balón de éstos y para que se estuvieran quietos les he dicho que usted les encerraría con los gigantes.

Arturo.—Ha hecho usted mal, Rosa: así se les asusta, creen en aparecidos y en palacios encantados, en perjuicio de su voluntad y de su inteligencia. Así empiezan las preocupaciones. (Sentándose. A los niños.) Venid. (Se acercan, los besa y les da confites.) Aquí estaréis muy bien; tendréis pelotas, cometas, bóridos, trapecios... todo lo que apetezcáis para jugar.

Un niño.—¿Es verdad?

Otro.—¿V no habrá gigantes?

Arturo.—¡Qué ha de haber! Aquí no hay más que juguetes y niños como vosotros, que os querrán mucho. (Llevándolos á la puerta del foro.) Mirad.

Los niños.—¡Ay qué bien! (Uno á otro.) ¿Vamos á jugar?

Arturo.—¡uego iréis. (A Rosa, dándole tres duros.) Tome usted, para calzado.

Rosa. (Tomándolos.)—¡Ah, señor! ¿Cómo pagaremos tantos favores? ¿Tiene usted ropa para lavar? ¿Quiere usted que le barra la sala del colegio? ¿Que le limpie los cristales de las ventanas?

Arturo.—Hoy no, hija mía, otro día. Déjate ver por aquí de cuando en cuando y si necesito algo ya te lo diré; ahora retírate. (La besa en la frente. Rosa deja caer al suelo el dinero que tenía en la mano: al oír el ruido del metal, los tres pequeños corren detrás de los duros y se los devuelven á su hermana, que no los toma.) ¿Qué ha hecho usted, Rosa? ¿Por qué tira el dinero?

Rosa. (Sin levantar la vista del suelo.)—Si no lo gano trabajando, no lo quiero.

Arturo.—¡Pero si no son para usted! ¿Si son para su padre, que me los ha pedido!

Rosa.—No importa, yo no los quiero.

Un niño.—Tómalos, Rosa, y compra una manta para el abuelo, que siempre tiene frío.

Arturo.—Acepte usted estos tres duros, Rosa. No se los doy con intención de cobrarlos en favores que no sean legítimos.

Rosa.—Sin embargo....

Arturo.—La he besado á usted como beso á sus hermanitos. Así (les besa). Además, Rosa, yo no doy dinero á cambio de besos, como no los admitiría á cambio de un cariño que no sintiese.

Rosa.—De todas maneras, yo preferiría que estos tres duros los diera usted á mi padre ó á mí en pago de un trabajo cualquiera.

Arturo.—¡Pero, niña, si ya los había tomado usted; no me haga pasar por esta vergüenza! Si tanto la he ofendido, perdóne-

me usted, y yo le prometo no volver á poner mis labios sobre su frente.

Rosa.—No, si no me ha ofendido usted; si....

Arturo.—¿Qué? Vamos á ver.

Rosa.—No sé.... Acepto el regalo porque sentiría que usted se incomodase, y ahora soy yo la que le pide mil perdones.

Arturo.—No veo el por qué; con tal de que no se lleve de mí una mala impresión, me doy por satisfecho y estaré contento.

Rosa.—Lo mismo digo.

Arturo.—Puede, pues, marcharse satisfecha.

Rosa.—Muchas gracias, D. Arturo. ¿Quiere usted que vuelva después?

Arturo.—Sí; á las cinco para recoger á sus hermanitos y á saber si se me ofrece algo.

Rosa.—Está bien. (A sus hermanitos.) Dadme un beso. (Los niños se lo dan.)

Un niño.—Nos quedaremos á jugar con los otros niños, ¿verdad?

Rosa.—Sí.

Niños.—¡Ay, qué bien!

Rosa.—Hasta otro rato, D. Arturo.

Arturo.—Salud la deseo.

Rosa.—Muchas gracias. (Por la puerta izquierda. Se oye un timbre.)

ESCENA VII

ARTURO, ENRIQUE Y LOS NIÑOS

Arturo. (Desde la puerta del foro.)—¡Enrique! ¡Enrique!

Enrique. (Del foro.)—¿Qué se le ofrece?

Arturo.—Saca el libro de anotaciones.

(Enrique abre el cajón de la mesa, saca un libro, toma la pluma y espera.)

Arturo. (Se coloca un niño en cada rodilla y el mayor enfrente; dirigiéndose á éste:) ¿Cómo te llamas?

Niño.—Antonio Soler, para lo que guste mandar. (Enrique anota lo que contestan los niños.)

Arturo.—Gracias, Antonio. ¿Qué edad tienes?

Niño.—Nueve años.

Arturo.—¿Qué prefieres tú para jugar?

Niño.—Una casa.

Arturo.—¿Cómo una casa!

Niño.—Sí; una casa de cartón. Yo sé hacer casas de barro y ladrillo; ¿verdad, Luis? (Luis, que es el niño segundo, hace signos afirmativos con la cabeza. Se oye el timbre.)

Arturo.—¿Quién será? Enrique, llévate estos niños al patio.

(Enrique por el foro con los niños.)

PARA LOS NIÑOS POBRES

Venid á mí, niños del arroyo; venid á mí, que quiero besaros en vuestras tiernas mejillas regadas con lágrimas. ¿Os veís aquí? Sois los privados de todo goce infantil, de todo cuidado científico y pedagógico, de toda solicitud social.

Sin recursos vuestros padres para cuidaros el cuerpo y la inteligencia, vivís al azar, aban-

es una señal de los tiempos que han de redimirnos, niños del arroyo.

Y al reír amargamente por lo que sois y con amor inmenso por lo que seréis, apartad de vuestros corazoncitos el odio á los hombres, mas no para cejar ni un momento en combatir ni en odiar, con voluntad y pasión de gigantes, á estas instituciones sociales que



Los niños que asisten á la escuela que regentaba en su día nuestro amigo Vicente García

donados del mundo. La mayoría caeréis, y los que prosigan el camino de la vida, pararán en carne de mina, de fábrica, de cuartel...

La sociedad es para vosotros, niños pobres, verdugo que os asesina á mansalva: sin recreos, sin juguetes; con la amenaza permanente de dejar parte de vuestro cuerpecito entre los engranajes de una máquina.

Pero se acerca la hora de vuestra redención. Indicio es de ello poder reproducir vuestros retratos en papel y con tinta que ni el rey, con ser rey, puede gastarlos mejores.

Gozad mirándoos aquí; pensad que os acercáis á los grandes y á los ricos viendo vuestra figura reproducida en los mismos términos en que se ven los potentados. Reid, reid un día al menos, considerando que ésta

os someten de pequeños y de grandes á toda clase de injusticias y de penalidades.

Odiad la patria, todas las patrias, chicas y grandes, regionales y nacionales, que os hagan aborrecer al castellano ó al inglés. El odio al extranjero es lo más infernal y macabro que la humanidad concibió en su infancia. Este sentimiento perverso costó un día mares de sangre; es aun hoy obstáculo á la fraternidad de los pueblos y á la inteligencia de los desvalidos de la fortuna, que no deberían tener patria por interés propio.

Odiad la propiedad y el dinero, porque el primero que dijo esto es mito, fué el primer usurpador, el primer patriota y el primer bandido.

Odiad al Poder y á las leyes que lo com-

pletan tanto ó más que al vasallaje, porque el primer hombre que osó hacerse obedecer por la fuerza de su brazo ó de su ingenio, fué el antecesor de todos los legisladores y de todos los tiranos; y la primera persona que se sometió á las conveniencias ajenas ó que no tuvo valor para rebelarse contra ellas, fué el padre de vuestra esclavitud.

Y á la cabeza de esos odios, más santos

cuanto más tercos y fieros los sintais, poned un gran amor por los hombres. Si tal hicieris, al par que labrariais el terreno de vuestra propia dicha, honrariais á vuestros padres y dejaríais á vuestros hijos, cuando los tuviéreis, una herencia inmensa que se llama ideal.

Venid á mí, niños del arroyo, que quiero grabar á besos estas mis palabras en vuestros frentes.

ANGEL CUNILLERA



Progreso, hijo de Manuel Aranda y Carmen Pena, de Cádiz.

Pills y Luciano, hijos de J. Peinó y Carlidad Quintana, de Lugo.

Niño Fermín Cabero, de Madrid.

LA DALIA

—«La Dalia es hermosa» — cantaban las aves, volando ligeras en torno á la flor: la flor ocultaba sus hojas suaves, temblando inocente de casto pudor.

«¿Qué tiene la esquiva—las aves decían— que guarda su cáliz del sol celestial?» y más afanosas sus alas batían, y más se ocultaba la flor virginal.

Las aves dijeron: —«¿Te causa congojas el vuelo oficioso del aura sutil?»

La flor por respuesta cerró más sus hojas, doblando impaciente su tallo gentil.

Huyeron las aves, y tímida y pura abrió muy despacio sus hojas la flor: fecunda brillaba su casta hermosura. ¡Oh brillo fecundo del casto pudor!

LA JUSTICIA BURGUESA

Un cadalso; un verdugo; un reo; un cura; una cruz; un piquete; un gran gentío; una mujer llorando; un sol de estío; arriba, azul; abajo, gran negrura.

Un redoble, una voz que pide, impura, sarcástico perdón; un rostro umbrío, impaciencia; silencio; un golpe impío; un hacha ensangrentada; alguien que jura.

Un crimen sin vengar; otro vengado; la barbarie aumentando su cosecha; el fiel de la justicia estropeado;

la ignorancia, más firme, más derecha; el delito, más torpe, más osado; la lógica del mundo satisfecha.



Germinal, hijo de Eulogia Navarro y Francisco G. Sola, de Sevilla.



Nino Armando Lugo, de Cienfuegos

César, nieto de Francisco Carriagosa, de Madrid.



Eliseo, hijo de Anselm Martínez y de Escalante Ordóñez, de Sestao.



Nino Anastaso Moya, de Madrid.

José, hijo de José Izquierdo, de La Lanza.



Los hijos de Rafael Castellva, de Gijón.



Palmira, hija de Federico Fernández, de Madrid.

Lidia, hijo de Anselmo Montero, de Madrid.



María, Manuel, Anaco y Aurora, hijos de Josefa Morata y Francisco Barriado, de Granada.



Libertad, hija de Lidia Fecinas y de Antonio Castas, de San Cristóbal (Málaga).

Una visita á las fieras del Parque.

—Sabes, papá, que Totó quiere mucho á los animalitos...

—Sí, ángel mío, sí, y quiérelos siempre. El que ama mucho á los animalitos, ama mucho también á su familia... El que quiere mucho á los animalitos, ama mucho á los hombres... y á las mujeres... y á todos. Y el que quiere mucho á todos, también se quiere mucho á sí mismo... ¿Comprendes lo que te digo, Totó?...

—Sí, papaito... Sólo hay una cosa que no comprendo... por qué corre aquella bestia; en la estampa que me ha dado esta mañana la vendedora de periódicos, estaba muerta, ¡la ha matado el señor con su fusil?...

—Pero esto no es la misma cosa...

—¿Siempre dices que no es la misma cosa... Explicámelo, papá.

—Mira; el que estaba muerto en la estampa, no era el jabalí que tu ves aquí en la jaula..., era su hermano, comprendes, su hermanito, como Totó es el hermano de Lulú...

—¿Y se ha escapado de la jaula?... ¿Por qué?... ¡Oh!, mira, papá, á la cebra... Quiero ir á darle de comer... Di, ¿por qué tiene esas pinturas negras sobre la piel?...

—¿Las rayas negras y blancas? Es que... Sí, ya sé, el mono se las ha hecho con betún.

—¿El mono es, pues, malo?

—No; es que quería divertirse...

—¡Oh! tú sabes que Totó no estará contento si el mono pinta con betún el vientre y la nariz de la cebra... ¿Vamos á ver los monos?...

—Allí están... ¡Uf!..., qué gente les está mirando... Con las personas que esperan á la entrada de la galería de los monos, tenemos por más de una hora. Vámonos á otra parte.

Y no podre ver á la monita negra, aquella que quiere tanto á Totó, que para bailar le tira de la mano, que el otro día removía los dientes y quería abrazarme... ¿Te acuerdas?... ¡Las señoras cómo retan!... Di, papá, ¿por qué la monita negra quería abrazar á Totó?

—¿Por qué?... porque te quiere mucho...

—Sí, pero, ¿por qué me quiere mucho?...

—Es como cuando papá me abraza, porque yo soy muy hermoso?...

—Sí... vamos, vamos, monn.

Mira, papá, un anade.

Señor Totó, esto es un cisne.

No es verdad, esto no es un cisne, papá... Allí hay dos cisnes... Di, ¿por qué el uno es blanco y el otro negro?...

El cisne blanco es más viejo que el cis-

ne negro... Sabes bien que cuando uno es joven tiene los cabellos negros y cuando es viejo los tiene blancos.

—Sí el cisne tiene plumas y no cabellos... Y Susana tiene los cabellos rubios...

—Sí, sí... tienes razón y me atrapas siempre.

—Dime, papá, ¿por qué el *Meñino* no está encerrado en una jaula y el león sí?

—Porque el *Meñino* es un gato y el león mordaría á Totó...

—Pero el *Meñino* muerde á Totó... y me araña... Tú decías que el león era un gato grande... El *Meñino* no es siempre malo... y lame á Totó cuando le rasca el lomo... Yo quiero rascar el lomo al león para que me lama...

—No se puede... El león es un gatazo salvaje que tiene miedo del mundo...

—¿Y el león tiene miedo á Totó?... ¡Oh! mira, papá, el oso negro... Sacá sus patas fuera de la jaula...

—Sí... dice: «Señoras y caballeros, bacedme el favor de darme un poco de pan... Anda, ponle un pedazo de pan en las patas... yo te subiré...

—Es muy cariñoso el oso... Hasta luego, señor oso negro...

—Vamos á ver las tortugas...

—Qué gruesa es... ¡Oh! papaito mío, si tú quieres mucho á Totó, le comprarás una tortuga...

—¿Y después qué?

—Y después... y después el elefante y la girafa, y además...

—¡Ah! sí... ¿y los pondrás debajo de tu cama?...

—El elefante lo pondría en la bohardilla, y la girafa en la cueva... Dime, papa, ¿quieres comprar primero el elefante?

Sí, y un cerdo... Y también aquel animal... ¿No le conoces, Totó?

—¿El avestruz?... Vaya... ¿te acuerdas que el otro domingo Totó dió pan al avestruz y después hierba, y después hojas, y después papel... ¿Y por qué el avestruz come papel, papá?

—Probablemente porque le gusta...

—Sí? ¿Y por qué le gusta?

—Porque... el avestruz es muy inteligente y quiere aprender á leer... Como no ve mucho con los ojos, se traga el papel impreso para verlo mejor en el vientre... así aprende á leer el avestruz... Ya ves, Totó, el avestruz

quiere leer las historias que hay en los libros, en los periódicos, en los cromos, mientras que tú... quieres permanecer ignorante.

—No es cierto, porque... mira el elefante, papaito... Buenos días, señor elefante, ¿por qué tienes los ojos tan pequeños y las orejas tan grandes?... ¿No responde! Dímelo tú, papá, porque el elefante no sabe hablar...

Tiene los ojos pequeños... para no cansarse tanto al cerrarlos... Y tiene las orejas grandes... para mejor oír lo que le dices...

—¿Qué es aquello que hay en el suelo detrás del elefante?

—Una tortilla con hierbas.

—¿Por qué no se la come el elefante?... ¿No le gusta la tortilla?... ¿tanto como le gusta a Totó!

—Pues cómetela...

—Ve a buscarla... pero el hipopótamo no está aquí... ¿dónde está?... ¿Se habrá ahogado?

—Ha salido esta mañana.

—¿Por qué motivo?

—Su mamá tenía dolor de muelas... y él ha ido a verla.

—¿Andando?

—Debe haber tomado el tranvía.

—¿Y por qué tenía dolor de muelas su mamá?

—Porque come mucho dulce...

—¿Sí? Totó no comerá dulce... ¿y esta muy lejos la mamá del hipopótamo?

—Vive en África... mucho más lejos que la casa de tu abuelita.

—Entonces está lejos... ¿Y volverá el hipopótamo?

—Sí, esta noche, á las ocho y cuarto...

¿Qué hora es?...

¿Por qué?...

—Porque tengo hambre...

Vamos y te compraré un pastelillo...

Gracias, mi querido papaito, gracias... Totó te quiere mucho, mucho... Pero... ¡aguarda! el hipopótamo... y sale del agua... ¿por qué decías que se había ido?...

—¡Toma!... ahora ha vuelto.

—¿Hay un agujero debajo del agua y puede ir y venir de su casa cuando le place?

—Sí...

—Entonces el tranvía pasa debajo del agua? —¿Dónde está el tranvía?... Y el hipopótamo ¿dónde pone el dinero para pagar, si no tiene bolsillo?

—Este no paga nada... Salgamos... vamos á ver el oso blanco... he allí los camellos...

—¿Por qué tiene una joroba el camello?...

—El dromedario... Cuando era pequeño cayó de lo alto de una torre...

—¿Y no se ha deshinchado?... pero, ¿por qué el de más allá tiene dos jorobas?

—El de las dos jorobas es un camello... Porque cayó dos veces...

—Aquellos pájaros tan grandes que comen biftecks crudos, ¿sabes cómo se llaman?...

—¿Las águilas, los buitres?...

—¡Oh!... qué bello es el pavo real... Por qué tiene ese abanico por cola el pavo real?

—¿El pavo real?... ¿por qué?... pues, porque como ellos siempre comen ajos, y los ajos hacen muy mal olor... con el abanico ventean el ajo... ¿me comprendes? ventean, ventean.

—¿Qué hace aquel pez tan grande que sale del agua?...

La forca... esto no es un pez.

—Pero tampoco es un pájaro...

—Oye: van á cerrar... vámonos... no nos detengamos.

—¿Y me comprarás el pastelillo que me has prometido?

—Sí, rico, sí, con tal de que andes un poco de prisa.

—Mañana volveremos ¿verdad? y yo traeré pan para el oso blanco, para el negro, para la monita, para el elefante...

Al papá de Totó nada le dijo la curiosidad de su hijo: un padre mas inteligente e instruido hubiera pensado en aprovechar la energía mental que el pequeño empleaba sin esfuerzo y sin darse cuenta, en educarle e instruirle, y un pedagogo a la moderna hubiera dicho: «la curiosidad nativa del niño es fuerza inagotable que podría aprovechar en bien de todos una educación artística, científica e higiénica á la vez...»

• • •





Braulio, hijo de Braulio Costales y Justa Giraldez, de Santander.

Gertrudis Cassey, sobrina de Andrés Jiménez, de Gibraltar.

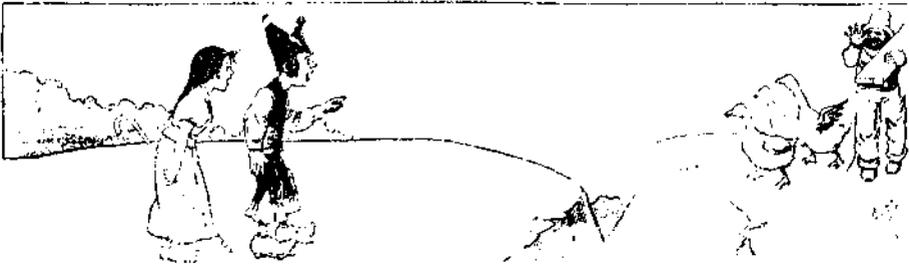
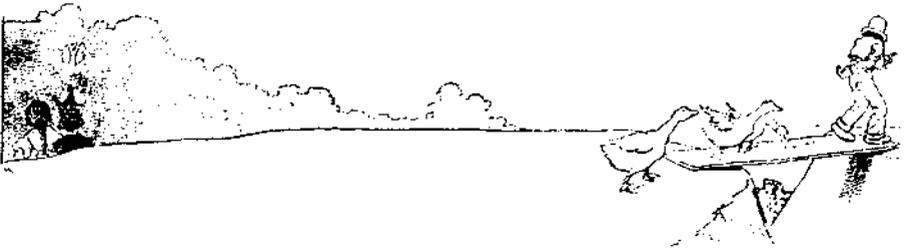
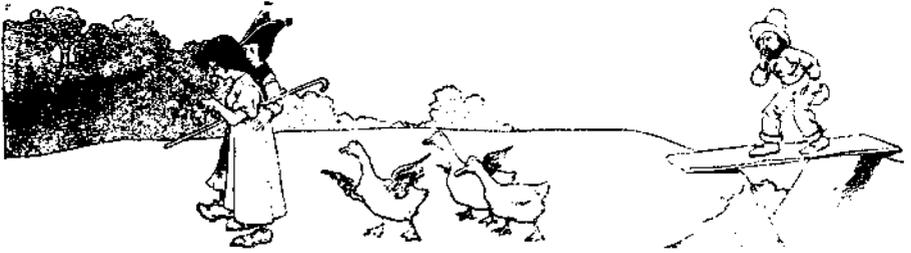
Carmen, hija de Ramón Muñiz y Teresa Costales, de Santander.

Ernesto, hijo de Vidal M. Escudero y María Bascuñana, de Villar del Saz de Arenas.

Las hijas de José Figuerola, de Madrid.

Gallero, hijo de F. Abayá y Margarita Sulé, de San Martín de Provensals.

HISTORIETA MUDA



Ambrosio Pérez y Compañía, impresores.—Pizarro, 16, Madrid